



LOU ANDREAS-SALOMÉ

Mirada retrospectiva

*Compendio
de algunos recuerdos
de la vida*

Alianza editorial

LOU ANDREAS-SALOMÉ

Mirada retrospectiva

Compendio de algunos recuerdos de la vida

Edición original al cuidado de
Ernst Pfeiffer

Traducido del alemán por
Alejandro Venegas

Índice

Mirada retrospectiva

La vivencia de Dios

Vivencia de amor

Vivencia en la familia

La vivencia de Rusia

Vivencia de los amigos

Entre la gente

Con Rainer

[Apéndice, 1934]

La vivencia Freud

Recuerdos de Freud (1936)

Antes de la Guerra Mundial y desde entonces

F. C. Andreas

Lo que falta en el «Compendio» [1933]

Comentarios de Ernst Pfeiffer

Nota preliminar

Reseña bibliográfica

Epílogo

Créditos

«La vida humana —qué digo, la vida en general— es poesía. Sin darnos cuenta la vivimos, día a día, trozo a trozo. Pero, en su inviolable totalidad, es ella la que *nos vive*, la que *nos inventa*. Lejos, muy lejos de la vieja frase “hacer de la vida una obra de arte”; no somos *nuestra* obra de arte.»¹

LOU ANDREAS-SALOMÉ

¹ Los asteriscos remiten a los «Comentarios de Ernst Pfeiffer».

LA VIVENCIA DE DIOS

Nuestra primera vivencia es, curiosamente, una negación. Momentos antes lo éramos todo, éramos indivisos, como alguna especie de ser inseparable de nosotros, y de pronto nos hemos visto empujados a nacer, nos hemos convertido en una partícula sobrante que tendrá que esforzarse, en adelante, para no caer en disminuciones cada vez mayores, para afirmarse en el mundo antagónico que se abre cada vez más ante sí, en el mundo al cual cayó, desde su total plenitud, como a un vacío que —por lo pronto— la despoja.

Así, lo primero que se experimenta es, por así decirlo, algo ya pasado, una repulsa de lo presente; el primer «recuerdo» —así lo llamaríamos más tarde^{1*}— es al mismo tiempo un impacto, una decepción por la pérdida de aquello que ya no es, y algo así como un saber, un estar seguro de que aún *tendría* que ser.

Éste es el problema de la primera infancia. También lo es de toda primitiva humanidad; en ella se sigue proclamando una independencia del todo junto a las experiencias del hacerse cada vez más consciente: como una poderosa leyenda acerca de la participación inalienable en la omnipotencia. Y la humanidad primitiva sabía mantenerse en esta fe con tal confianza, que la totalidad del mundo de la apariencia se le presentaba sometido a una magia accesible al hombre. La especie humana conserva permanentemente algo de esta incredulidad en la validez general del mundo exterior, mundo que antaño pareció formar con ella un indiviso uno-y-lo-mismo; constantemente salva con ayuda de la fantasía la brecha surgida ante su conciencia, si bien aquélla tiene también que ir adecuando precisamente a este

mundo exterior, cada vez más consciente, el modelo de sus divinas correcciones. Este tiro largo o desviado, este duplicado fantasmático —llamado a disimular lo que de problemático ha ido sucediendo con la humanidad— el hombre lo ha llamado su religión.

Por eso es por lo que también a un niño de hoy, o de ayer, pueda ocurrirle —caso de que en alguna parte se vea todavía rodeado, de manera completamente natural, de fe paterna, de «creencias»— que incorpore lo religiosamente creído de un modo tan involuntario como las percepciones objetivas. Porque precisamente a sus cortos años, a su corta capacidad de discriminación, les es propia aún la capacidad primigenia de no tener nada por imposible y tener lo más extremo por verosímil; todos los superlativos se dan aún cita mágica en el hombre como supuestos de la mayor naturalidad, antes de que éste tenga tiempo de desgastarse lo suficientemente a fondo en las medianías y diferencias de lo fáctico.

No se crea que semejante prehistoria le esté ahorrada por completo a un niño no religiosamente influido: la reacción más infantil se produce por lo pronto *siempre* —como corolario de un discernimiento aún insuficiente y de la fuerza tanto menos cuestionada del deseo— a partir de lo superlativo. Porque nuestra «independencia en el todo» no desaparece de nuestro juicio, en un principio, sin dejar detrás de sí esta herencia que se reparte sobre todos los objetos de nuestras primeras aficiones o nuestras primeras indignaciones como una trasfiguración o una deformación hacia lo supradimensional—, como una suerte de omni-comprensión aún absoluta. Cabe incluso decir: allí donde las circunstancias de la época —por ejemplo las de hoy, o las de mañana— le ahorraran en exceso a un niño esta experiencia, así como las decepciones que de manera inevitable de allí se siguen, de forma que su sobrio juicio tuviera que emplearse críticamente desde demasiado pronto, sería más bien de temer que la pulsión natural de la fantasía,

que, en tanto precede al despertar de nuestro entendimiento, quedara embalsada de forma antinatural para vengarse en su momento en la objetividad de lo real, y que, cediendo a semejante impulso preterido, el niño abandonase precisamente los patrones objetivos.

Conviene agregar, eso sí, que en el niño normal una educación excesivamente «religiosa» cede en forma natural ante la creciente crítica de lo percibido, de la misma manera como la predilección exclusiva por la creencia en los cuentos de hadas cede ante el interés abrasador de la realidad. Si tal no sucediera, sobrevendría en los más de los casos una inhibición del desarrollo, una discordancia entre lo que arrastra hacia la vida y lo que titubea en trabar relación con sus condicionalidades.

El hecho de que con nuestro nacimiento se abra una brecha —entre mundo y mundo— que en adelante separa dos formas de existencia hace más que deseable la presencia de una instancia mediadora. En mi caso, puede que los conflictos de la primera infancia, ubicuos como fueron, propiciaran un cierto resbalón hacia atrás —desde una forma de juicio ya adaptada hasta otra puramente fantástica—, con lo cual, por así decirlo, abandoné (casi traicioné) a mis padres y sus puntos de vista, en aras de verme abrazada e incorporada totalmente, y por ello estaba tanto entregada a una potencia aún mayor cuanto que participaba en ella de toda magnificencia, de la omnipotencia incluso.

Imaginémoslo más o menos así: como si del regazo paterno, del que hay que bajarse a veces, se hubiese uno sentado en pleno regazo de Dios, como en el de un abuelo que nos consiente mucho más y que en todo nos aprueba, que es tan generoso que diríase tiene los bolsillos siempre llenos, y como si con ello se hubiese tornado uno casi tan todopoderoso como él, aunque no tan «bueno»; significa en realidad: los dos padres ensamblados en uno; calor del regazo materno y omnipotencia paterna. Separarlos y distinguirlos, como esferas del amor y del poder, es ya una tre-

menda ruptura en el bienestar premundano y sin deseos, por así decirlo.

Pero ¿qué es lo que origina en el hombre, después de todo, esa capacidad de confundir lo fantaseado con lo real por antonomasia? No hay duda: sólo la incapacidad, inextinta, de limitarse al mundo exterior, a este Fuera de Nosotros (¡con mayúsculas!) que en ningún caso habíamos podido dar por sentado —la incapacidad de reconocer plenamente como real lo que no nos contiene en su seno.

Con seguridad fue ése el principal motivo de que me preocupara sorprendentemente poco la invisibilidad total de este tercer poder, del suprapoder por encima de los padres, quienes en último término también lo recibían todo de él. Así ocurre con todos los creyentes a carta cabal. En mi caso concurría además otro motivo: un curioso asunto con los espejos. Al mirarme en ellos, me asombraba en cierto modo ver tan claramente que yo era sólo eso que allí veía: tan limitada, tan enjaulada, tan obligada a *dejar de ser* en lo demás, incluso en lo más próximo. Si no miraba al espejo, no se me hacía tan presente, pero de todas formas mi propio sentir se negaba a la circunstancia de no estar presente con todo y en todo, sino, inaceptada, de quedarme como si dijera sin techo en las cosas. Resulta bastante anormal, ya que me parece como si esto me hubiese perturbado aun posteriormente, cuando hace ya mucho que la imagen del espejo expresaba una relación interesada hacia la propia imagen. Sea como fuere, este tipo de ideas precoces contribuyó a que ni la omnipresencia ni la invisibilidad del Buen Dios me resultaran en modo alguno sorprendentes.

Resulta claro, por cierto, hasta qué punto una imagen de Dios armada con tan tempranas sensaciones no puede durar demasiado, menos que las fabricadas con más entendimiento y de manera más comprensible —como también es sólitamente que los abuelos se nos mueran antes que los padres, que duran más.

Un pequeño recuerdo me permite imaginar el método con el cual mantenía a raya las dudas: un magnífico bombón fulminante, que mi padre me había traído con ocasión de una fiesta en la corte, lo imaginé lleno de vestidos de oro; pero cuando me dijeron que eran sólo de papel de seda fino con rebordes dorados, lo dejé sin estallar. De esta manera, adentro, siguieron siendo en cierta medida trajes de oro.

Los regalos del divino abuelo tampoco necesitaban de visibilidad alguna para mí, precisamente por ser tan incommensurables en valor y abundancia y resultarme tan absolutamente seguros, *incondicionalmente* seguros sobre todo: no ligados al buen comportamiento, por ejemplo, como los otros regalos. Ya que hasta los de la mesa de cumpleaños relucían en realidad allí porque una había sido buena, o se esperaba que lo fuese. Y el hecho es que a menudo era yo una niña «mala», y que por ello tuve incluso que trabar doloroso conocimiento con una vara de abedul —cosa que tampoco dejaba nunca de denunciar ostentosamente ante el Buen Dios—. En esto se mostraba completamente de mi parecer, y hasta me parecía encolerizarse tanto, que más de una vez, cuando por casualidad me encontraba de ánimo generoso (cosa que en modo alguno era muy frecuente), me esforzaba por convencerlo buenamente de que se olvidara del empleo que mis padres hacían de la vara. Por supuesto que semejantes ejercicios de fantasía acarreaban consigo no pocas veces toda suerte de añadidos fantásticos a los procesos de la realidad, incluso en relación con mis circunstancias cotidianas, añadidos que por lo general eran pasados por alto con una sonrisa. Hasta que un día de verano, cuando con una parienta algo mayor que yo volvíamos de un paseo y se nos preguntó: «Bueno, excursionistas, contad qué os ha acontecido», salté sin titubeos y relaté todo un drama. Mi pequeña acompañante, turbada en su honradez y veracidad infantiles, me clavó atónita los ojos

y exclamó con un chillido de susto: «¡Pero si estás mintiendo!».

Creo que fue por entonces cuando comencé a preocuparme por hacer exactas mis afirmaciones —para mí, sin embargo, significaba también no agregar ni un ápice de regalo, aunque esta obligada avaricia me entristeciera mucho.

Por lo demás, no solamente de mi persona le informaba al Buen Dios de noche, en la oscuridad: le contaba —generosa y espontáneamente— historias enteras. Estas historias tenían una especial peculiaridad. Se me antoja que nacían de la necesidad de agregar a Dios al mundo entero por añadidura, mundo que por cierto existía en toda su extensión junto al nuestro, secreto, y de cuya realidad esta relación especial antes me distraía que me ayudaba a afincarme en ella por completo. Así que no era casual que tomase como material para mis historias sucesos o encuentros reales con seres humanos, animales u objetos; para lo maravilloso ya bastaba con el Dios-Auditor, no había para qué acentuarlo más; al contrario, de lo único que se trataba era de convencerse exactamente de la *realidad*, por así decirlo. Claro que nada podía contar yo que el Dios omnisciente y todopoderoso no supiera ya; pero precisamente eso era lo que me garantizaba la indudable facticidad de lo narrado, motivo por el cual también, no sin satisfacción, agregaba a cada comienzo la muletilla:

«como sabes».

Sólo mucho más tarde, ya entrada en años, volví a recordar en sus *detalles* el repentino fin que tuvo esta más bien dudosa relación de fantasía; está descrito en una pequeña narración, «La hora sin Dios»^{2*}, cuyo valor se pierde, sin embargo, por estar en ella la niña situada en un medio extraño, en circunstancias diferentes —quizás porque para dar forma a lo más íntimo de la experiencia necesitaba yo

todavía una pequeña distancia exterior—. Lo que efectivamente sucedió fue lo siguiente.

Un mozo de labranza, que en invierno nos traía huevos de nuestra casa de campo a la residencia en la ciudad, me dijo un día que frente a la casita en miniatura que en propiedad exclusiva tenía yo en medio del jardín había estado parada «una pareja» esperando que la dejaran entrar, pero que él la había echado. Cuando volvió la vez siguiente, le pregunté inmediatamente por la pareja, probablemente porque me intranquilizaba que hubiese pasado, entretanto, frío y hambre; ¿a quién habrían recurrido? —Bueno, irse, no se habían ido, me dijo. —Entonces ¿seguían parados delante de la casita? —Bueno, tampoco eso: porque en realidad se habían ido transformando poco a poco, se habían ido haciendo cada vez más delgados y pequeños: hasta tal punto habían venido a menos, que al final se habían hundido por completo; porque una mañana, al barrer delante de la casita, sólo había encontrado los negros botones del abrigo blanco de la mujer, y del hombre entero no quedaba más que un sombrero abollado; pero el lugar donde encontró estos restos estaba todavía cubierto de sus lágrimas congeladas.

Para mí lo incomprendible de esta historia misteriosa albergaba su aguijón más duro no en la compasión por los dos, sino en el enigma de su transitoriedad, en que algo tan incuestionablemente existente pudiera fundirse: como si algo alejase de mí, por demasiado inofensiva, la solución más inmediata, en tanto que toda yo exigía, con pasión creciente, una respuesta. Es probable que esa misma noche solventara mi exigencia con el Buen Dios. Habitualmente no tenía por qué ocuparse de ella, tenía, por así decirlo, que prestar sólo oído a aquello que él mismo ya sabía. Tampoco ahora le estaba yo exigiendo mucho: bastaba con que su boca muda dejase pasar un par de palabras entre sus invisibles labios: «El señor y la señora Nieve». Pero el que no se aviniera a hacerlo significó una catástrofe. Y no

sólo una catástrofe personal: porque descorrió las cortinas que ocultaban tras de sí un espanto inenarrable. Pues no solamente *de mí* desapareció el Dios que había estado pintado sobre la cortina, sino que desapareció *del todo*, para el universo entero.

Cuando nos sucede algo análogo con un ser humano de carne y hueso que nos ha decepcionado, acaso, y obligado a reconsiderarlo, por el cual nos hemos sentido abandonados y traicionados, resta la posibilidad de volver a orientarnos alguna vez dentro de la misma realidad, de corregir la mirada con la cual le habíamos visto. Algo similar le sucede tarde o temprano a todo ser humano, a cualquier niño, se produce una rotura entre lo esperado y lo encontrado: y el que aquélla sea benigna o pertinaz es cosa que se presenta a la experiencia como una diferencia de grado. Pero en el caso de Dios aparece como diferencia esencial, incluso en el hecho, por ejemplo, de que con la desaparición de la creencia en Dios para nada cesa la capacidad misma de creer que de él proviene, de creer en los poderes irreales en general. Recuerdo un momento, durante las devociones habituales en casa, en que se leyó el nombre del diablo o de los poderes diabólicos, y esto me despertó literalmente de mi letargo: y ése ¿¿seguía existiendo?! ¿Había sido a fin de cuentas *él* quien me había hecho caer del regazo de Dios, donde tan dulcemente me había acomodado?! Y si había sido él, ¿por qué no me había defendido yo? ¿No le había concedido así ventaja?

Al intentar, con estas palabras, interpretar ese momento fugaz y sin embargo tan sólidamente fijado en mi memoria, quiero hacer resonar en especial *una* nota: no la de la culpabilidad compartida en la pérdida de Dios, pero sí la de una especie de complicidad en el conocimiento, como un palpito de ella, que la precedió. Porque la sorprendente banalidad de la ocasión con la cual puse a prueba a mi Dios hacía tanto más inverosímil que no hubiese llegado yo *misma* a la solución —que no hubiese desenmascarado yo

misma al señor y la señora Nieve, a quienes precisamente las manos infantiles tanto gustan de otorgar existencia.



Gustav von Salomé y su hija Louise
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen

La idea del espanto que se había abierto ante mí no desempeñó mayor papel en mi infancia: colaboró tan sólo en la dificultad de sentirme cómoda en lo real —en lo «sin

Dios»—. Cosa harto sorprendente, de la pérdida de Dios se derivó, por lo pronto, un efecto inesperado: en lo moral porque con ella, en efecto, me hice bastante más buena, más obediente (lo ateo no me diabolizó, por lo tanto), probablemente porque el abatimiento actuaría como un freno para todas las barrabasadas. Pero también por un motivo más positivo: por una especie de inevitable compasión por mis padres, a quienes no podía darles guerra, después de haber sido tan golpeados como yo, porque también ellos habían perdido a Dios, *sólo que no lo sabían*. Cierto que durante un tiempo hubo intentos de invertir la situación: de imitar a los creyentes padres, al igual que había recibido y aprendido de ellos todo lo demás y me había cerciorado a su través de lo existente. Hubo un temeroso plegar de manos por las tardes, desesperada y humilde, como una pequeña extranjera que clama desde el borde más extremo de una gran soledad hacia lo increíblemente lejano. Mas el intento de aunar esta supuesta lejanía con la antigua, íntima cercanía de Dios, experimentada en su inmediatez, fracasó; pese a toda la humildad, siguió siendo un aproximarse forzado a algo completamente otro, ajeno, extraño, y esta confusión aumentó aún más la soledad con la vergüenza de haberse equivocado, de haber importunado a un desapercebido.



Louise von Salomé, madre de Lou
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen



Louise von Salomé (Ljola)
© Dorothee Pfeiffer, Göttingen

Entretanto había proseguido contándome mis historias al dormirme. Seguía tomándolas, como antes, de lo completamente no problemático: encuentros y sucesos de la vida diaria, bien que en ellas se había operado la decisiva transformación de faltar el oyente. Por más que me diese maña en hermopear con la mayor suntuosidad las figuras o torcer soberanamente, para mejor, sus destinos, quedaban siempre en la sombra. Echábase de ver, al ser contadas, que no habían reposado antes, por un momento, en las